



jeto á los tártaros, y que en varios parajes se encontraban restos de hombres muertos. Gaiyouk-khan murió cuando ellos llegaron, y su viuda fué regenta hasta la elección de Mangon, su sucesor, que tuvo lugar el año 1251, quien se mostró desde luégo bastante favorable á los cristianos.

El santo rey no había contado con la fidelidad de los emires, hasta el punto de entregarse á ellos lleno de confianza, pues el sultan de Damasco, á pesar de sus ofrecimientos, no había merecido su confianza. Lo que despues irémos viendo justificará sobradamente el recelo que tenía nuestro santo. Despues de haberse batido en varios ataques los emires y el sultan hicieron la paz, y se reunieron contra los cristianos. Pronto se vió al sultan sobre los muros de Jaffa y de San Juan de Acre, pero no se atrevió á atacar; descargó únicamente su furor sobre 2.000 aldeanos que halló en la ciudad de Sidon, ciudad en otro tiempo célebre y cuyas murallas mandaba levantar entónces San Luis.

Apénas hubo salido de la ciudad el sultan, mandó San Luis reconstruir las murallas y dar en primer término sepultura á las desgraciadas víctimas del sultan.

San Luis estaba en Jaffa ó Joppe cuando supo la muerte de la reina Blanca, su madre, acaecida el primer domingo de Adviento, primer día de Diciembre del año 1252. Despues de llorar amargamente el santo rey á la que tan entrañablemente quería, y de ofrecer por su alma todo género de sufragios, pasó San Luis el resto del año ya en Jaffa, ya en Sidon, ocupado en la fortificación de estas dos plazas. Sin embargo, habiendo llegado varios avisos de Francia aconsejándole su regreso, porque el trono de su madre estaba en grave peligro, despues de oír á su legado y de pedir á Dios en procesiones se dignára manifestarle su voluntad, decidió su vuelta en Pascuas de Resurrección del año 1254, que cayó en 12 de Abril.

Partió al fin San Luis del puerto de Acre el viérnes 24 de Abril de 1254, cargado de las bendiciones de todo el pueblo, de la nobleza y de los prelados, que le acompañaron hasta ponerse en el buque que le había de trasladar á su reino. Llegó á París el 13 de Setiembre del mismo año, y ántes de todo se fué á dar gracias á Dios en la iglesia de San Dionisio, y perseveró cruzado para hacer ver que no pretendía haber cumplido su voto en todas sus partes.

Entre las buenas obras que hizo en la Palestina, una de las más admirables fué la conversión de una infinidad de sarracenos, á quienes persuadió él mismo y llevó consigo para afir-

marse de su perseverancia. Tal es, á lo que dicen, el origen de esa multitud de familias que tienen en Francia el nombre de sarracenos.

No pudo llegar más á tiempo el santo rey, que en medio de las borrascas que amenazaban pérfidamente al reino. El rey Conrado, que sólo sobrevivió cuatro años al emperador Federico su padre, había muerto en lo mejor de sus días el 21 de Mayo del año 1254; pero su hermano Manfredo, tan resuelto como él y mucho más diestro, estaba al frente de los negocios en calidad de tutor del jóven Conradino, su sobrino, hijo y heredero de Conrado. Viendo las disposiciones de los pueblos para someterse al papa, tomó el partido de someterse también él; recibió Inocencio en su gracia y le confirmó la concesión que Federico le había hecho del principado de Tarento y de los condados de Gravind y de Tricarica, y aun le hizo su vicario ó lugarteniente en una gran parte del reino. Pero habiendo sido muerto por las gentes de Manfredo un señor que se había unido al papa, y atribuyéndose á Manfredo haber mandado cometer este homicidio, fué éste á unirse con los sarracenos de Nocera y formó un numeroso ejército, con el que renovó la guerra, y al principio con ventajas. Mientras esto sucedía, falleció el papa en Nápoles, donde había sido llamado por la nobleza, el día 7 de Diciembre, despues de once años y medio de un pontificado agitado sin interrupción. Inocencio IV amaba y protegía las letras; además de los escritos que compuso en defensa de la Iglesia contra la persecución de Federico, hay de él algunos comentarios sobre el libro V de las Decretales; estaba versado en la jurisprudencia y se le llamaba el padre del derecho. En 12 de Diciembre fué elegido para sucederle Reinaldo, cardenal arzobispo de Ostia, que tomó el nombre de Alejandro IV. Era piadoso, de costumbres irreprochables y austeras.

Al año siguiente, 1255, á pesar de los obstáculos que le dejaba su predecesor, llevó las atenciones de su celo hasta los bárbaros del Norte, que estaban más obstinadamente adheridos al paganismo. Hacia ya algunos años que Mindof, príncipe de la Lituania, había abrazado la religión cristiana con una buena parte de sus súbditos. Los caballeros de Prusia le aconsejaron tomase el título de rey, y que al efecto se dirigiese al papa y se pusiera bajo su protección.

Inocencio, al aceptar la oferta que voluntariamente le hacia Mindof, erigió en reino su principado y le proveyó de un obispo. Con todo, desde el principio del pontificado de Alejandro, el nuevo rey, falto de perseverancia,



volvió sus armas contra los cristianos de Polonia, entregó á las llamas la ciudad de Lublin y se llevó una multitud de esclavos. Sus sucesores, imitando su ejemplo, permanecieron todavía paganos por espacio de más de un siglo. Por el contrario, el cristianismo hizo súbitos progresos en la Livonia, y hé aquí la razón por qué había venido á vacar la silla de Riga; el arzobispo de esta provincia, que hasta entónces no había tenido silla fija, eligió esta iglesia para metrópoli, y el papa Alejandro confirmó la elección por su bula de 20 de Febrero de 1255. Riga fué desde entónces metrópoli, no sólo de Livonia, sino también de la Estonia y de la Prusia.

Entre tanto, los prusianos, pueblo de los más adictos entre los septentrionales á las supersticiones y latrocinios, tenían aún algunos jefes y tropas idólatras que tenían á los fieles en continua alarma. Otocaró, elevado poco despues al trono de Bohemia, Otton, marqués de Brandeburgo, su sobrino y mariscal, el duque de Austria, el marqués de Moravia, el arzobispo de Colonia y el obispo de Olnitz, marcharon en su auxilio (con una multitud formidable de cruzados, que ascendía á 60.000 combatientes. Despues de haber quemado y saqueado las tierras de los infieles, les dieron batalla, los derrotaron é hicieron una infinidad de prisioneros. Concedieron la vida á los que quisieron hacerse cristianos y pasaron á cuchillo todos los demas. Reducidos los dos jefes principales de los idólatras al último extremo en un pueblo falto de provisiones, confesaron que hacían vanos esfuerzos contra el cielo, y se rindieron á discreción. Al instante fueron bautizados por el obispo de Olnitz, y tuvieron por padrinos, el uno al rey de Bohemia y el otro al marqués de Brandeburgo, quienes les colmaron de muestras de benevolencia y les honraron con el título de amigos. Movidos por este ejemplo los paganos de toda la Prusia, se dieron prisa á recibir el bautismo; pero á fin de poner freno á su inconstancia, el rey Otocaró, despues de haber extendido su conquista hasta el mar Báltico, hizo construir en una montaña una ciudad muy fuerte, que tomó de allí su nombre Koenigsberg, esto es, *Montaña Real*.

El papa Alejandro, por otra parte, se aplicaba á hacer florecer entre los antiguos fieles toda la perfección del Evangelio. Escribió á San Luis, cuya admirable piedad causa honda y grata impresión en este soberano pontífice, excitándole á adelantarse más rápidamente cada día hácia el reino de Dios. Le dice que aunque el reino de Francia sea superior á todos los demas, es con todo ménos distinguido por su

propio esplendor, que por la virtud de su rey, que aunque en todo aplicado al gobierno de sus Estados, mira como su principal negocio el del reino de Jesucristo. Al propio tiempo le concede que ni él ni los reyes sus sucesores puedan ser excomulgados ó entredichos sin orden especial de la Sede apostólica. Luis, en efecto, desde su regreso de Tierra Santa, mostró muy á las claras que había ido allá con disposiciones poco comunes entre los demas cruzados. Observóse en él un aumento visible de celo, de caridad, de bondad, de modestia y aún de equidad, á pesar de que se había manifestado hasta entónces muy fiel á los deberes de esta virtud, que debe ser la primera de los monarcas. Noticioso en sus viajes de que un soberano musulman había buscado con desvelo y reunido á grandes expensas todos los escritos que podían servir á su religión, le causó rubor que los infieles se manifestasen más celosos por el error que los cristianos por las verdades eternas. Tal fué la razón que le movió á formar cerca de su capilla de París una biblioteca de todos los buenos libros que pudo descubrir en los diversos monasterios, donde estos tesoros preciosos se hallaban ocultos. Sin embargo, no permitió que nadie los sacase ni aún pagando, si sólo que los copiasen y que multiplicáran los frutos con los ejemplares. Hizo partícipes de estas copias á los frailes menores y á los predicadores, á los que estimaba en particular, y á la abadía de Royanmont, que había fundado para ciento y catorce monjes de la orden del Cister.

La moderación de Luis con respecto al rey de Inglaterra, á pesar de lo gravosa que fué á los franceses, le valió vivos aplausos. Despues de una guerra de feliz éxito para la Francia, se ajustó entre las dos coronas un tratado de paz, por el que Enrique III renunciaba á sus pretensiones sobre la Normandía, el Maine, el Anjou, la Turena y el Poitou; y Luis le dejaba todo el ducado de Aquitania, pero con la condición de tributarle vasallaje de este Estado (1258). Los consejeros del santo rey manifestáronse muy sorprendidos de que suscribiese á una desmembración de tanta consideración, que él y sus predecesores habían recuperado de los ingleses. «Lo hagotan sólo, contestóles el rey, »en bien de la paz, para establecer una unión »durable entre dos casas augustas, y unidas por »otra parte tan estrechamente con los vínculos »de la sangre. Notad, añadió, que el rey de Inglaterra me rendirá vasallaje, cosa que aun no »ha practicado» (1).

(1) Joinville, pág. 14 y 119.



El año siguiente (1259), el rey de Inglaterra fué por segunda vez á Francia con su mujer é hijos, y rindió públicamente homenaje al monarca francés, como á vasallo suyo. La consecuencia de este tratado fué la paz de treinta años.

Habia también por esta época entre Francia y Aragón algunas diferencias, que San Luis terminó ó arregló este mismo año. Cataluña era originariamente feudo de la corona de Francia, y los reyes de Aragón habían adquirido derechos á varias tierras allende los Pirineos. Para arreglar este negocio, los dos reyes nombraron árbitros: San Luis nombró á Heberto, dean de Bayeux, y Jaime de Aragón á Guillermo de Montegrin, por cuya decision se concluyó un tratado tres años despues, por el cual se obligaba Luis á ceder al rey Jaime todos sus derechos y pretensiones sobre los condados de Barcelona, de Urgel y del Rosellon, y las otras tierras situadas allende los montes que se especifican en el tratado; y el rey Jaime cedió al rey Luis sus derechos y sus pretensiones sobre varias ciudades y tierras allende los montes, entre otras Nîmes, Beziers, Tolosa, Narbona, etc., con otras ménos considerables.

Brillaba la virtud en el grado más elevado desde el Norte al Mediodía. Fernando III, que juntó inseparablemente los reinos de Leon y de Castilla, se granjeó al mismo tiempo el título de Santo por su sólida piedad, y el de Grande por sus conquistas sobre los moros, á quienes quitó gran parte de las provincias usurpadas á sus predecesores. Hizo desde luégo formidable su nombre la toma inesperada de Córdoba. Sus tropas sorprendieron de noche una batería avanzada, acudió Fernando con un corto número de soldados y sitió la ciudad. Afortunadamente el rey Abenhot había salido de la ciudad para ir á socorrer á Valencia, acometida por el rey de Aragón, y murió en esta expedición por la perfidia de uno de los suyos. Introdújose despues de su muerte la division entre sus vasallos, miéntras que el ejército de Fernando crecía de dia en dia ante las murallas de Córdoba. Estrechada estaba la plaza por todas partes é interceptada la introduccion de víveres y los innumerables moradores de aquella ciudad, una de las más populosas del mundo despues de Roma y de Constantino-
pla, viéndose reducidos á los rigores del hambre, pidieron capitulacion. Concedióseles por soa condición que se les conservaría la vida, pero sin llevar nada consigo. De este modo fué arrancada Córdoba del dominio de los musulmanes, la víspera de San Pedro, 28 de Junio de 1236, despues de haber sido su capital en Es-

paña por espacio de 523 años, es decir, desde el año 713.

Despues de esta brillante hazaña tomó Fernando una preponderancia prodigiosa sobre los árabes. Quitóles en pocos años á Jaen, Sevilla, Cádiz y otras innumerables plazas de ménos importancia. Abusail ó Alhamar, rey de Granada, dejándole Jaen, se vió precisado á hacerse su vasallo (1246). Los moros de Sevilla, en número de 300.000, al cabo de un sitio de 15 meses se vieron obligados, como los de Córdoba, á retirarse sin llevar cosa alguna, unos al África, otros al reino de Granada y á las demas posesiones que les quedaban aún en España (1248).

Por su parte el rey Jaime de Aragón pasó á la isla de Mallorca con flota formidable, ganó una gran batalla á los infieles, hizo prisionero al rey y á uno de sus hijos, tomó por asalto la ciudad y se hizo dueño de toda la isla y de la de Menorca, cediendo luégo una y otra al infante de Portugal en cambio del condado de Urgel. Despues de la conquista emprendió el monarca aragones la del reino de Valencia. Durante el espacio de algunos años ganó muchas plazas y fué adelantándose hasta la capital. Era corto el número de sus tropas con respecto á la plaza que debía sitiarse; pero le llegaron luégo auxilios, no sólo de sus Estados, sino de Francia é Inglaterra. El rey legítimo Abuzeit, destronado por Zaen, se había refugiado en Aragón, donde tuvo la felicidad de abrazar el cristianismo, cumpliéndose el ruego profético de los santos misioneros á quienes hizo padecer el martirio. El usurpador, al cabo de un sitio de seis meses, se vió obligado á entregar á Valencia, cuyos habitantes árabes fueron tratados con ménos rigor que los de Sevilla y Córdoba. Concedióronles, además de la vida, escolta para salir de la ciudad con todo cuanto pudieran llevar consigo. Abuzeit, llamado despues de su conversion Vicente de Belvis, permaneció reducido á la fortuna de un particular, mas con una opulencia proporcionada á lo que había sido. Siguió viviendo en Valencia, donde su piedad le inclinó despues á ceder su palacio para establecer en él un convento de frailes menores.

En estas diversas conquistas de los príncipes cristianos de España se iban restableciendo los obispados bajo el pié en que estaban antes de la invasion.

Despues de la importante conquista de Sevilla, se apoderó Fernando de la plaza de Jerez (1250), vengando así la antigua derrota de los godos en el sitio mismo donde habían sido vencidos por los moros, y se disponía á hacer la conquista de Marruecos cuando cayó enfer-



mo de hidropesía. Advertido de que su fin se acercaba, hizo una confesion general de toda su vida, y pidió el santo viático, que le fué administrado por el obispo de Segovia, seguido del clero y de la córte. Cuando el santo Sacramento entró en su cámara, se arrojó de la cama y se puso de rodillas. En esta postura se acusó en alta voz de sus pecados, que no eran más que ligeras faltas de que ninguno está exento. Mandó á llamar á sus hijos para darles la bendicion y algunos saludables avisos. En su agonía dijo al clero que recitara las letanias y el *Te Deum*, y apénas terminó cuando espiró tranquilamente, 30 de Mayo de 1252, á los 53 de su edad y 35 de su reinado. El papa Clemente X le canonizó el año de 1671.

Su contemporáneo Jaime de Aragón no tuvo una gloria tan pura. Venció muchas veces á los infieles, segun dejamos apuntado; pero no tuvo la fuerza suficiente de vencer por completo una pasion impura que le arrastró á muchos excesos. Lleno de cólera porque el obispo Berenger de Girona, había informado secretamente al papa de uno de sus desórdenes, llamó al obispo á su palacio y le hizo cortar la lengua. Habiendo el papa Inocencio III excomulgado al rey por este crimen, y entredicho su reino, reconoció poco á poco su falta é hizo una confesion pública delante de los legados del papa, en presencia de los obispos y del pueblo, y se obligó en expiacion de su pecado á construir un monasterio y un hospital, dotándole con rentas proporcionadas, y fundar una capellanía en la iglesia catedral de Girona. Con estas condiciones recibió la absolucion de su pecado en el mes de Octubre del año de 1246.

Esta leccion no bastó á corregir á este príncipe. Veinte años más tarde (1266) pidió al papa Clemente IV la disolucion de su matrimonio con la reina Teresa, su mujer, alegando como justa causa que estaba infestada de lepra. Lo que deseaba era casarse con la concubina Berenguela, con la que andaba en tratos ilícitos ya hacia bastante tiempo. El papa le contestó que no podía el vicario de Jesucristo separar lo que Dios había unido. Que tuviera paciencia, ya que su esposa era la primera en sufrir, etc.

Segun llevamos dicho, el rey Pedro de Aragón, padre de Jaime, había hecho á su reino tributario de la Iglesia romana. El reino de Portugal lo era también, y el tributo consistía en catorce onzas de oro. Hemos visto que á peticion del papa Inocencio III, los señores portugueses establecieron en él al conde de

Bolonia, Alfonso, entónces regente y despues rey, en lugar de su hermano Sancho Capelo, incapaz de reinar. Alfonso III dió también motivo de queja. Estaba casado con Matilde, condesa de Bolonia; una vez electo rey la repudió el año 1254, para casarse con Beatriz, hija natural de Alfonso X, rey de Castilla. La reina Matilde llevó sus quejas al papa, y Alejandro IV ordenó á Alfonso que se uniera nuevamente á su legitima esposa; pero éste se negó á los deseos del pontífice, y por esta repulsa le fué lanzada la excomunion y entredicho su reino (1257), hasta que murió Matilde el año de 1262. Entónces Alfonso obtuvo del papa Urbano IV la confirmacion de su matrimonio con Beatriz y le levantó la excomunion y quitó el entredicho á su reino.

Alfonso, que tan mal se había conducido con su propia esposa, fué acusado cerca del papa Clemente IV de no tratar mejor al pueblo y al clero de su reino. Violaba los derechos y las franquicias de los particulares, respetados por sus predecesores y garantidos con su propio juramento. A las amenazas del papa Alejandro, se reformó el rey Alfonso de Aragón. Acabó, sin embargo, la conquista de los Algarbes; pero con algo más de justicia hubiera gobernado mejor.

Otro tanto podemos decir de Alfonso X, rey de Castilla, hijo y sucesor del santo rey Fernando, á quien se le conocía también con el sobrenombre del *Sabio*, porque en efecto, fué el hombre más instruido de su siglo. Adquirió una gloria imperecedera, legando á la posteridad el célebre código de *Las Partidas*. Alfonso amaba sobre todo las ciencias y las letras. Se le deben las tablas astronómicas que se conocen con el nombre de *Tablas Alfonsinas*. También á este príncipe debe España la primera historia del reino, escrita en lengua castellana; hizo traducir al español los libros sagrados, y ordenó se redactaran en la misma lengua todos los actos públicos que hasta entónces se habían redactado en un latín bárbaro. Por último, contribuyó al desarrollo de los estudios, alcanzando para la universidad de Palencia grandes privilegios del papa Urbano IV, y aumentó los de Salamanca, en donde creó nuevas cátedras, entre otras el de poder explicar en cualquiera universidad ménos en París y en Bolonia, todos los que recibieran sus grados en aquella universidad.

Electo rey de los romanos el año 1257, por una parte de los príncipes de Alemania, en oposicion con el conde de Cornouailles, Ricardo, no supo ó no pudo abandonar su reino para hacer valer sus derechos al imperio. Se contentó



con pedir sucesivamente á los romanos pontífices que se declararían en su favor. El gran obstáculo era la poca tranquilidad en su propio reino. Y esta falta de tranquilidad, á lo que parece, venía de que para sostener su elección en Alemania tuvo necesidad de prodigar el oro de los extranjeros, alterar el valor de las monedas, agobiar á los pueblos y hasta retener los honorarios de los oficiales de la corona. Los castellanos murmuraron, y algunos señores, excitados por el príncipe Enrique, hermano del rey, se coaligaron contra la autoridad del monarca: el príncipe fué vencido, pero no pudo Alfonso desarmar á los descontentos sino á fuerza de promesas. El gérmen de rebelión quedaba en los corazones, y al fin de su vida se vió enemistado con su propia familia y destronado por su hijo.

En suma, si Alfonso el *Sabio*, en vez de dividirse entre Castilla y Alemania, hubiera tenido la sabiduría de concentrar todas sus ideas y todos sus esfuerzos para acabar la obra de su santo y victorioso padre, de expulsar ó someter á los moros de España, y llevar la guerra al Africa, sus súbditos le hubieran probablemente seguido como un sólo hombre; la Iglesia le hubiese con seguridad secundado con todo su poder, y según todas las apariencias, la cristiandad toda hubiera aplaudido sus triunfos; porque es de advertir que Alfonso tenía mucho valor, y de él dió pruebas en vida de su padre cuando la conquista de Sevilla, y cuando en 1263 le atacaron los moros y él les siguió, les derrotó y tomó las plazas de Jerez, Medinasidonia, Sanlúcar y una parte de los Algarbes, reuniendo de esta suerte el reino de Murcia á Castilla.

Como Alfonso no fué nunca á Alemania, su partido fué haciéndose cada vez más insignificante. Ricardo, su contrincante, se hizo coronar en Aix-la-Chapelle el 17 de Mayo del año de 1257. Recompensó espléndidamente á sus electores con todo género de liberalidades, y de esta suerte se granjeó nuevos partidarios. Sabe, luego de ser coronado, que los barones ingleses retienen á su hermano prisionero en Londres, y vuela en su socorro. Vuelve á Alemania en 1260 con nuevos tesoros, convoca una Dieta que establece prudentes medidas para la seguridad de los viajeros, y calma las contiendas de las ciudades imperiales y de los príncipes, concediendo algunos millares de marcos de plata á las partes que habían sido perjudicadas con sus decisiones. Ricardo hizo un tercer viaje á Alemania el año de 1262, dió la investidura de rey de Bohemia, según ya hemos indicado, á Othocar, y confirmó los privilegios

de varias ciudades, entre otras de Strasburgo y de Haguenau, y enriqueció el tesoro de Aix-la-Chapelle con una corona, un cetro y dos vestidos imperiales. Las turbaciones de Inglaterra le obligaron á volver el año de 1264. Fué hecho prisionero en la batalla de Lewes, ganada sobre las tropas reales por Simon de Monforte, y no recobró su libertad hasta después de 14 meses de una detención muy rigurosa. Volvió á Alemania el año de 1268, suprimió los impuestos que impedían la navegación del Rin, y al año siguiente tuvo en Worms una dieta, á la que asistieron los electores de Tréveris y de Maguncia con varios obispos y príncipes del imperio. Ricardo, viudo por segunda vez, se casó en terceras nupcias con Beatriz de Falkenstein, el 16 de Junio del año de 1269, y la llevó á Inglaterra. Poco después, Enrique, hijo mayor de Ricardo, príncipe de grandes esperanzas, fué asesinado por los dos hijos de Simon Monforte, en venganza de su padre.

Este lamentable suceso abrevió los días de Ricardo. Murió de apoplejía el 2 de Abril del año de 1272. Por último, en 30 de Setiembre del año de 1273 fué electo Rodolfo, conde de Habsburgo, vástago de una nueva dinastía, que todavía reina en Alemania, en Bohemia, en Hungría y en Dalmacia.

Desde la muerte de Federico II hasta el advenimiento de Rodolfo de Habsburgo, que media un espacio de 30 años, la Alemania, apenas sentía la acción central de la régia autoridad, como tampoco la sentía la Italia. Cada país estaba gobernado por un señor particular; las ciudades libres aseguraban más y más su libertad é independencia.

Se supone que la causa de todo esto fué la época tan calamitosa por las guerras civiles, y sin embargo, hubo ménos que anteriormente.

Con la muerte de Federico II (1250), rompió su yerno Eccelino de Romano, con justicia llamado el Feroz, el freno que le tenía sujeto. Se consideró desde entonces como un soberano independiente, y señaló su reinado con el suplicio de todos los hombres distinguidos que había en la Marca de Verona. Toda clase de honores ó distinciones le era odiosa, y como sólo buscaba pretextos á sus furores, todo género de distinciones era castigado con el suplicio. Centenares de guardias guardaban las fronteras de sus Estados, y cuando cogían á alguno que quería sustraerse de aquella abominable tiranía al punto le cortaban una pierna, ó le sacaban los ojos. Los desgraciados que vagaban por la Italia así mutilados por aquel monstruo, invocaban contra él los castigos del cielo, sublevaban la indignación de los



pueblos, y hallaban al fin vengadores á tanta injusticia.

El papa Alejandro IV, al subir al trono pontificio, publicó una cruzada contra el feroz Eccelino. En el mes de Marzo de 1256, encargó á Felipe, obispo de Rávena, que diera principio á la predicación en Venecia.

El marqués de Este, el conde San Bonifacio, las repúblicas de Venecia, de Bolonia y de Mantua, y sobre todo los muchos emigrados de los Estados de Eccelino tomaron la cruz contra él. Era todavía dueño de Verona, Vicencio, Padua, Feltré y Bellunc. Tréveris obedecía á su hermano Alberic; Trento se había levantado contra él; pero por otra parte, Brescia estaba á punto de caer en su poder. Dos poderosos aliados le asistían con sus fuerzas y consejos. Sin embargo, los cruzados, aprovechando la ausencia de Eccelino, que se hallaba ocupado en Brescia, lograron apoderarse de Padua el 19 de Julio del año de 1256. Al saber Eccelino la noticia, se deshizo de todos los paduanos que servían en sus filas hasta el número de 11.000 y les hizo encerrar á todos en el anfiteatro de Verona. De allí les envió á distintas prisiones, y en pocos días les inmoló á todos sin excepción alguna.

La cobardía y la indisciplina de los cruzados hicieron paralizar sus triunfos. Por espacio de dos años, todos sus ataques fueron desgraciados; Eccelino logró hasta apoderarse de Brescia el año 1258. Dió solamente libertad á sus dos asociados, el marqués de Palavicini y á Buoso de Duora. Avergonzados uno y otro de una alianza tan criminal con un tirano de Dios y de los hombres, ofrecieron á los cruzados pelearian por su causa y sin renunciar al partido gibelino, firmaron el 11 de Junio del año de 1259 una alianza con los güelfos, contra el señor de Verona. Eccelino, por otra parte, llamado á Milan por el ciego furor de los gibelinos y de los nobles, había atravesado el Oglio y el Adda. Intentó, pero vanamente, apoderarse de Monza y de Trezzo; el pueblo y los güelfos de Milan habían formado un numeroso ejército para oponerse á su paso. El marqués Palavicini con los que le siguieron de Cremona, y el marqués de Este con las tropas de Ferrara y de Mantua, se hicieron dueños del puente de Cassano, sobre el Adda, y cortaron la retirada á Eccelino. Este tirano, que no tenía una idea religiosa, era sin embargo muy supersticioso. Sólo el nombre de Cassano le parecía iba á serle funesto, y así se lo indicaron sus astrólogos: vaciló ántes de atacar el puente, que era el único medio de poderse declarar en retirada, y haciendo más la necesidad que la re-

pugnancia, llevó allá sus tropas con ánimo de atacar el día 16 de Setiembre (1269); pero fué rechazado y herido él en un pié. Después de meditar el paso, único que les quedaba, se decidió á vadear uno de los brazos del río, y cuando apenas se hallaba él del otro lado, todas sus tropas escaparon á la desbandada. Se vió también atacado por sus enemigos en el camino de Bérgamo y recibió un tiro en la cabeza, que le arrojó del caballo; viéndose en la precisión de caer prisionero en las manos precisamente de un soldado á cuyo hermano había él mutilado.

Los jefes del ejército no permitieron que se ultrajase á Eccelino, y fué conducido á la tienda de Buoso de Doara, adonde fueron llamados algunos médicos que le curáran; pero él rehusó estos buenos servicios. Abrióse más y más sus heridas, y á los once días de su cautiverio murió en Soncino, donde fué sepultado su cuerpo. Su reinado de sangre duró 34 años.

Ménos feroz, pero disimulado, su hermano Alberic de Romano, fingió por mucho tiempo ser de las ideas de su hermano, y hasta se afilió al partido güelfo para entrar en inteligencias con sus enemigos y sembrar entre ellos el gérmen de la discordia. Después de la muerte de su hermano fué expulsado de Tréveris, y se retiró á San Reno, en las montañas; pero la liga güelfa le persiguió en aquel lugar, y hasta le sitiaron. Después de haberse defendido desde el 1.º de Mayo hasta mediados de Agosto (1260), se vió obligado á rendirse á discreción, y una vez cogido, le dieron muerte con toda su familia, terminando en él la casa de Romano, después de un siglo de gloria y de crímenes.

Esta división en dos facciones políticas, los güelfos y gibelinos, la debió Italia á la dominación de Federico II y de su familia. Gibelinos, en alemán Waibling, era el nombre de un antiguo feudo de esta familia en Alemania. Este nombre fué un grito de guerra que esta familia libró al duque Güelfo ó Welf de Baviera. El nombre de Güelfo fué á su vez el grito de guerra del partido opuesto. En Italia los gibelinos eran los imperialistas, que, como Federico II, querían la dominación del emperador alemán sobre la Italia, sobre el mundo entero y sobre la Iglesia católica. Los güelfos eran los de Italia, que querían la libertad y la independencia de un país de todo yugo extranjero con la libertad é independencia de la Iglesia.

Alejandro IV, casi siempre fuera de Roma, donde no encontró más seguridad que su predecesor Inocencio IV, murió al fin en Viterbo el 25 de Mayo de 1261.

Aunque el número de los cardenales quedó reducido á nueve, y uno de ellos estaba ausen-